

EL LIBRO ESCOLAR

Enranda Albad

EL CONDE

LUCANOR

EDICIONES DE LA LECTURA



T. 404365
C 71607037



Gerardo Abad García

El Conde Lucanor

libro que escribió el muy noble
señor DON JUAN MANUEL, nieto
del santo rey don Fernando.

Adaptado para los niños
por RAMÓN MARÍA TENREIRO,
é ilustrado por A. VIVANCO.

Ediciones de «La Lectura». Madrid.



PRÓLOGO

En los tiempos de D. Jaime I de Aragón hubo en Perpiñán un caballero, músico y poeta de grande ingenio, quien, entre las numerosas canciones que componía, acertó á escribir una, tan por extremo linda, que todos los vecinos de la ciudad no querían cantar ni oír más trova que aquélla.

El caballero paseábase á caballo por las calles y plazas, vestido de terciopelo granate, con su espada de plata al lado izquierdo y una blanca pluma en torno á la gorra que cubría su cabeza, y se esponjaba de orgullo oyendo cómo todos los labios entonaban su canción. Cantábala el albañil, que, pacientemente, ladrillo á ladrillo, alzaba las casas sobre el suelo; cantábala el carpintero, cuando con su garlopa arrancaba rubias y rizadas virutas de los maderos; cantábala el herrero, mien-

tras se quejaba fatigado el fuelle de la fragua y los martillos de forja herían al yunque con claro retiñir; cantábala la doncella noble que bordaba en su bastidor tras la celosía, y la lavandera en el río bajo el puente, y el mercader judío en su tiendecilla, y el magistrado en el Tribunal al firmar las sentencias, y la tejedora ante el telar, y el campanero en la torre, y el hortelano en la huerta... La ciudad entera palpitaba con los ecos de la canción, y el autor, repleto de vanidad, cabalgaba por las calles y las plazas, haciendo que se movieran á compás de la universal cantiga desde las patas de su caballo al penacho de su gorra.

Pero cierta vez, cuando más henchido estaba de la satisfacción de su buena fama, al pasar por una callejuela oyó como un torpe cantor canturriaba su canción, afeando la letra y estropeando la música. Lleno de cólera detúvose á ver quién pudiera ser el irrespetuoso cantante, dispuesto á castigarlo, y observó que los empecatados



sones salían de la tiendecilla de un botero, cuyo oficio proclamaban bien alto los inflados odres, botas y pellejos, que se columpiaban, sacudidos del viento, colgados de los dinteles de la puerta y ventanas. El perverso músico, en el fondo de su taller, untaba de pez un corambre, al

tiempo que se metía rudamente por las estrofas de la canción, como leñador por floresta, no dejando en ellas nota sana.

La ira cegó al caballero.

—Tú me estropeas mi obra —se dijo—, pues yo destrozaré la tuya—, y sacando su espada acometió á los orondos vientres de los pellejos, y en un par de cuchilladas dejólos convertidos en inservibles pingajos. Hecho lo cual, desahogado su enojo, hincó la espuela y se marchó trotando calle adelante.

Espantado del estruendo, salió á la puerta el botero, á tiempo que el furioso poeta daba cima á su tarea, y justamente airado, al ver destruído en un punto su pan de muchos días, imploró el auxilio de su lengua, única arma que por entonces tenía á mano, y yendo tras el caballero, cubríalo de las injurias más desaforadas. Revolvíase éste en su silla de cuando en cuando para decir mesuradamente á su perseguidor:

—Reportaos, hermano odrero, que si bien lo consideráis, nada me debéis ni nada

os debo. Lo que vos con mi canción, eso hice yo con vuestros odres.

Pero el botero no se daba á pulidas razones y juraba por la fe de sus abuelos que el caballero le había de pagar sus cueros ochavo sobre ochavo.

Acertó á pasar el Rey, en medio de los caballeros de su corte, y quiso conocer la causa de tan grande alboroto. No desperdició la ocasión el ofendido botero, y entre llanto y lamentos, refirió el grave daño, que, sin culpa alguna de su parte, había causado el furioso caballero en el tesoro de sus botas y pellejos. Indignése el Rey al ver que el acusado no negaba haber cometido tan feo hecho; pero aquél le atajó rogándole que preguntara al botero lo que antes había hecho él con su canción, pan y tesoro del poeta.

—¿Qué había de hacer si no lo de todo el mundo? Cantarla—replicó el botero.

—Pues cantadla, por vida vuestra—ordenó el Rey.

Cantó el botero, y con tales versos y so-

nes, que el Rey y sus caballeros prorrumpieron en grandes carcajadas, y hubieron de confesar, que por grande que fuera el destrozo causado en los corambres, nunca sería tanto como el producido en la canción por los labios del botero. Y el Rey, muy regocijado, tras amonestar al poeta para que otra vez fuera más paciente, y prohibir al de los pellejos que volviera á abrir la boca para entonar trova alguna, bajo pena de destierro, pagó de su hacienda particular el daño de los cueros.

¡Sea benévolo el glorioso espíritu de don Juan Manuel, y no proceda como el caballero de Perpiñán, con los viles odrecillos en que he osado guardar el eterno licor de sus cuentos!



Y PUES EL PRÓLOGO ES ACABADO, DE AQUÍ
ADELANTE COMIENZA LA MATERIA DEL
LIBRO DE LOS EJEMPLOS QUE EL SABIO CONSEJERO
PATRONIO CONTABA Á SU SEÑOR, EL CONDE LU-
CANOR, PARA ADOCTRINARLE EN LOS PELIGROS
DEL MUNDO.

EL CONDE LUCANOR



EL BUEN HOMBRE Y SU HIJO

—Señor Conde Lucanor —dijo una vez Patronio—, un buen hombre labrador tenía un hijo mozo y de muy claro entendimiento, á quien el padre, fatigado por los achaques de la ancianidad, deseaba traspasar el gobierno de su casa. Pero no osaba hacerlo, porque el mozo, que desconfiaba grandemente de sus propias iniciativas, dejábase gobernar, sin embargo, por el consejo del último con quien tropezara; y siendo tan diversos los pareceres como lo son los hombres, creía con razón el padre, que, regida del mozo, todo había de ser hacer y deshacer en su hacienda: los viñedos se-

rían destinados á labradío, cuando alguien lo aconsejara; los prados trocaríanse en monte y en huerta los olivares.

Queriendo que el mozo aprendiera á guiarse por su propia idea y no fuera juguete de ajenas opiniones, cierto día de mercado en la próxima villa el buen hombre determinó de ir allá con su hijo á pretexto de adquirir varias cosas que le faltaban.

Pusiéronse en camino, llevando por delante un borriquillo en que cargar lo comprado. De allí á poco se cruzaron con un grupo de labradores que regresaban ya de la villa. Saludáronse con un “¡Santos y buenos días!”, y así que hubieron pasado, díjole el buen hombre á su hijo:

—Párate un momento y escucha lo que van hablando.

Los caminantes decían, entre risas y bromas:

—¡Buen par de tontos! Los dos á pie y el burro sin carga.

—¿Qué te parece?— preguntó el buen hombre.

—Que dicen verdad —respondió el mozo—; ya que el borrico no va cargado no hay razón para que vayamos á pie ambos.

—Pues móntate tú en él —ordenó el padre.

Siguieron así un buen trecho, hasta que se cruzaron con un nuevo grupo de viajeros. Saludáronse con el “¡Santos y buenos días!”, y así que hubieron pasado, díjole el buen hombre á su hijo:

—Párate un momento y escucha lo que van hablando.

Los pasajeros decían:

—¡Jamás se vió tal! El cansado anciano á pie y el mozo fuerte á caballo.

—¿Qué te parece? —preguntó el buen hombre.

—Que llevan razón —respondió el mozo—, pues los trabajos más son para las fuerzas nuevas que para las quebrantadas por los años.

—Pues apéate tú, que iré yo en el asno.

Hiciéronlo así, y de aquel modo fueron camino adelante, hasta que se encontraron

con un nuevo grupo de aldeanos. Saludáronse con el “¡Santos y buenos días!”, y así que hubieron pasado díjole el buen hombre á su hijo:

—Párate un momento y escucha lo que van hablando.

Los labriegos decían:

—¿Habéis visto? El tierno mozuelo á pie y el hombre robusto, hecho á todas las fatigas del mundo, á caballo.

—¿Qué te parece? —preguntó el buen hombre.

—Que no van descaminados —respondió el mozo—, pues quien más ha vivido, más acostumbrado está á toda especie de privaciones y trabajos.

—Pues monta detrás de mí, á la zaga.

Hízolo el hijo, y siguieron así un buen espacio, hasta que tropezaron con un nuevo grupo de campesinos. Saludáronse con el “¡Santos y buenos días!”, y así que hubieron pasado díjole el buen hombre á su hijo:

—Detengámonos un momento y oigamos lo que van diciendo.

Los rústicos decían:

—¡Buen par de zánganos! Reventarán al borriquillo antes de acabar la jornada.

—¿Qué te parece? —preguntó el buen hombre.

—Que no yerran —respondió el mozo—, pues tan débil es el asno que con nosotros dos sobre los lomos apenas puede dar un paso.

Paró entonces el buen hombre á la cabalgadura, volvió el rostro atrás, y encarándose con el mancebo le dijo:

—Pues tú me dirás quién está en lo cierto y con qué consejo te quedas. Que de casa salimos los dos á pie y no faltó quien nos censurara por llevar al burro sin jinete; montaste luego tú y hubo quien no fué conforme con que cabalgara el mozo mientras caminaba el viejo; otro halló mal lo contrario, cuando ocupé yo la albarda del asno, y por último, desagradó á otro que los dos nos acomodáramos en las espaldas de la bestia, y estas opiniones las fuiste tomando por tuyas. ¿Qué podremos hacer á gus-

to de todos? Por tanto, hijo, hagamos el bien según nuestra conciencia y desprecie-
mos las hablillas de la gente. Así, por pa-
recerme lo justo, iré yo montado y tú me
arrearás la cabalgadura. ¡Con que vámo-
nos ya! ¡Arre, burro!



EL ESCOLAR Y EL NIGROMANTE

En otra ocasión Patronio habló de esta suerte:

—Señor Conde Lucanor, hubo en Santiago un escolar de Teología, sobrino del obispo, que teniendo grandísimo deseo de aprender la nigromancia, oyó decir que el más grande maestro que en tal ciencia había era don Illán de Toledo.

Trasladóse á aquella ciudad, y apenas llegado buscó la casa del maestro, á quien halló en una retirada sala de su vivienda, leyendo en un gran libro. Cuando entró el escolar, levantóse con fatiga el nigromante para recibirlo, le tendió amistosamente las manos, hízole sentar á su lado y dispensóle grandes muestras de cordial acogimiento. Era ya muy anciano y de estatura escasa. Su cuerpecillo débil y encorvado perdíase entre los pliegues de la ancha loba oscura

en que se envolvía, y de su rostro, bajo la gorra de negro terciopelo, apenas se veía otra cosa que las grandes gafas, tras las cuales relucían sus verdosos ojillos, y las caudalosas barbas de nieve que le bajaban por el pecho.

No consintió en saber qué asunto había traído á su casa el forastero hasta después de haberle hecho comer en su compañía, regalándole con muy sabrosos bocados.

Así que hubieron comido, retiráronse los dos á una estancia más apartada, y allí, el sobrino del obispo manifestó al maestro sus fervientes deseos de aprender las artes mágicas, prometiendo, por tal servicio, dar al nigromante cuanto en su poder estuviere.

—Yo os mostraría gustoso todos mis secretos —díjole don Illán—; mas ya sois ahora persona de calidad y con el auxilio de mi ciencia llegaréis á los más altos estados, y como los que se ven en una situación elevada olvidan fácilmente á quienes les ayudaron á ganarla, temo mucho que

mis desvelos por adoctrinaros queden sin el premio debido.

Juró y perjuró el escolar que por muy alto que estuviera siempre recordaría á quien debía su fortuna y que había de hacer en todo lo que le ordenara su maestro.

Después de muchas nuevas dudas del nigromante y muchas promesas renovadas del escolar, resolvióse por fin el primero á mostrar al letrado los comienzos de su ciencia.

—Pero no podrá ser aquí —díjole don Illán—, sino que habremos de recogernos á un lugar mucho más secreto.

Llamó después á una moza, criada suya, á quien pidió un lámpara, y le encargó que se procurara perdices para la cena, aunque sin asarlas mientras él no lo dispusiera.

Cerró la estancia en que se encontraban, no bien hubo salido la criada; con mucho misterio sacó una llave de oro de su pecho; abrió con ella una puertecilla que había en la pared, encubierta por los tapices que decoraban la sala, é invitando al escolar á

que lo acompañara, comenzó á bajar, con su lámpara en alto, por una estrecha escalera de piedra, con bóveda de ladrillos, que de la puertecilla arrancaba. Al principio, el escolar pretendió llevar cuenta del número de peldaños que descendían, pero tan numerosos eran y tanta atención tenía que prestar á los rápidos giros que sobre sí misma hacía la escalera, si no quería enumerar los escalones con sus costillas, que bien pronto perdió la cuenta. Bajaban y bajaban, alumbrados por la palpitante llama de la lámpara, que no lograba triunfar de las tinieblas de la bóveda, y al mozo le dolían las rodillas de tanto bajar y le parecía que á tanta profundidad debían encontrarse que sobre sus cabezas rodarían las eternas aguas del Tajo.

Mas de pronto terminó la escalera y penetraron en una ancha cámara muy bien alhajada, de cuya erguida bóveda pendían varias lámparas. El suelo estaba cubierto con tapices de vistosos colores; á lo largo de los muros, en ricas anaqueleras, mostraban

sus lomos de pergamino cuantos libros se escribieron sobre materias de hechicería, y no faltaban mullidos divanes en que el lector pudiera acomodar su cuerpo.

Sentáronse en uno de ellos, y apenas comenzaban á tratar de por cuál obra principiarían sus estudios, cuando de improviso se presentaron cuatro hombres y entregaron al escolar una carta del obispo, su tío, en que le decía como se encontraba muy enfermo, rogándole que apresurara la vuelta á su lado si había de verlo con vida. El escolar, aunque muy triste por el mal de su protector y pariente, no quiso interrumpir tan presto sus estudios, y contestó con otra carta, disculpándose por no poder ponerse en camino inmediatamente.

Partidos los mensajeros, el escolar y su maestro metiéronse en el estudio de los libros de nigromancia, y tanto era su celo, que no interrumpían la lectura para comer, dormir, ni cosa alguna.

De allí á unos días, presentáronse cuatro nuevos mensajeros, los cuales traían al es-



colar noticia de cómo su tío el obispo había fallecido y se hacían trabajos en el cabildo para que fuera él el elegido para ocupar la silla episcopal. Mucho se entristeció y regocijó el escolar con tales nuevas, y partidos los emisarios, maestro y discípulo volvieron á sumergirse en la lectura de los libros mágicos.

A poco de aquello, llegaron cuatro nuevos emisarios, ricamente vestidos y ataviados, quienes, besando las manos al escolar,

entregáronle cartas en que se le hacía saber cómo acababa de ser nombrado obispo de Santiago.

Oído esto por D. Illán, fuese á arrodillar á los pies de su discípulo, diciéndole cuántas gracias daba á Dios de que en su casa hubiera recibido tan dichosas nuevas, y suplicándole, que, en recompensa de los servicios que le había hecho hasta aquella fecha, quisiera dar á un hijo suyo el cargo de deán que estaba sin ocupante.

—Me habéis de dispensar por esta vez —díjole el nuevo obispo—; pues ese deanazgo lo guardo para un mi hermano, pero veníos conmigo, y no faltarán ocasiones en que os pueda mostrar mi agradecimiento.

Partieron aquel mismo día para Santiago, donde fueron muy bien recibidos de pueblo, cabildo y clero.

No mucho después, recibió el obispo cuatro enviados del Papa que le notificaron cómo Su Santidad lo había elegido para arzobispo de Tolosa, haciéndole además la

merced de que pudiera designar quien bien quisiera para desempeñar el obispado que quedaba vacante.

Oído esto por don Illán, fué á arrodillar á los pies de su discípulo, y alabándose de cuantos trabajos había pasado hasta entonces por servirlo, le suplicó, que en pago de ellos, quisiera designar á su hijo para el obispado.

—También por esta vez me habéis de perdonar —respondióle el recién nombrado arzobispo—, pues esta dignidad la reservo para un tío mío, hermano de mi padre; pero veníos conmigo á Tolosa y ocasiones sobradas habrá en que cumplidamente os pueda recompensar como bien lo tenéis merecido.

Mucho se disgustó el nigromántico, mas, con todo, partió con el arzobispo para Tolosa, donde fueron muy bien recibidos de los condes y de cuanta gente buena había en aquella tierra.

Dos años hacía que habitaban allí, cuando llegaron cuatro legados del Papa con car-

tas en que era nombrado cardenal el arzobispo, y en que se le autorizaba, además, para que pudiera elegir á quien bien quisiera para el arzobispado que dejaba sin señor.

Oído esto por don Illán, fué á arrodillar á los pies de su discípulo, y ponderando los grandes servicios que le había prestado en los años que con él había vivido, sin que nunca, ni en la cosa más pequeña, hubiera sido recompensado, le rogó que nombrara á su hijo para la silla arzobispal de que podía disponer.

—Aún por esta otra vez me habéis de perdonar—le respondió el cardenal—, pues este arzobispado ha de ser para un hermano de mi madre, pero veníos conmigo á la corte del Papa, que yo os prometo hacer os allí tales mercedes, que al ver su valor, no os pesará haberlas tenido que esperar tanto tiempo.

Montó en gran cólera el nigromante al verse burlado nuevamente, mas en espera de los ofrecidos favores, partióse con el cardenal para Roma, donde fueron muy

bien recibidos de los cardenales y de cuantos residían en la Corte romana.

Corrió así mucho tiempo, y cada día le recordaba don Illán al cardenal sus promesas de siempre, sin alcanzar otro sabroso dón que palabras de disculpa y esperanza, cuando, muerto el Pontífice, el cardenal fué nombrado Papa.

Apresuróse don Illán á ir á postrarse á los pies de su discípulo, el nuevo Papa, y recordándole la larga serie de servicios que en tan dilatado tiempo le había prestado sin haber recibido gracia alguna en pago de ellos, le suplicó, que ya que tenía los destinos de la cristiandad entre sus manos, quisiera darle recompensa proporcionada á su poder y á sus méritos.

El Papa le respondió, una vez más, que tuviera paciencia, y entonces, el maestro, fuera de sí de ira, al ver que á su discípulo ya no le quedaba adónde ascender en lo humano, y que si entonces no eran premiados sus servicios podía dar por perdidos tantos años de afanes, dijo violentamente:

—Bien sospechaba yo este final cuando tantas promesas me hicisteis, largos años atrás, en mi casa de Toledo. Justo castigo recibo, ya que, á pesar de mi experiencia del mundo, fuí lo bastante cándido para confiar en vuestro agradecimiento.

—¿Quién sois vos para llamarme desagradecido? —interrumpióle muy enojado el Pontífice—. Mirad lo que habláis si no queréis que os sepulte en un calabozo por toda vuestra vida como encantador y como hereje.

De manera tan resuelta lo dijo, que don Illán cobró miedo, pensando que lo haría según sus palabras, y cambiando de voz, humildemente, le suplicó que por lo menos le diera licencia para irse á pasar en paz los últimos años de su vida en su pobre retiro de Toledo.

Avínose á ello el Papa, y el nigromante le rogó todavía que quisiera darle de que comiera por el camino, pues él no tenía dinero para las posadas.

—Para hombre como vos —díjole el



Papa— no hay ni un grano de trigo en mis graneros.

—Entonces habré de contentarme con lo que tenía dispuesto para la cena —dijo don Illán con tono resignado.

Pero de pronto prorrumpió en grandes voces:

—¡Eh!, ¡hola, criadas! ¡Asad las perdices! ¡Es ya tiempo!

Al oír tales gritos, el escolar de Teología, todo aturdido como quien despierta de un sueño, encontróse en la apartada estancia de la casa del maestro de nigromancia de Toledo, tan escolar de Santiago como

cuando había llegado, y lleno de confusión y vergüenza, vió cómo el judío, alzándose de su sillón, le decía muy iracundo, señalando á la puerta:

—Idos ahora mismo enhoramala, señor escolar; que con quien guarda en su pecho tanta ingratitud no comparto yo mi sabiduría ni las perdices de mi cena.



EL PIADOSO CABALLERO

En la corte de León no había otro caballero tan piadoso como el muy honrado don Pedro Meléndez de Valdés, en quien el Rey tenía colocado todo su cariño y respeto y de quien escuchaba y seguía los consejos.

Tanta era la piedad del caballero, que cada vez que le ocurría algún contratiempo, por grande que fuera, decía lleno de resignación:

—Bendito sea Dios, que ya que lo hizo, esto es lo mejor.

Pero hubo entonces una correría de los moros por tierras de León, con mucho saqueo é incendio, de lo que tomó mucho coraje el Rey de los cristianos, y unos enemigos de don Pedro Meléndez de Valdés, que envidiaban su privanza con el Rey, se valieron de la ocasión para persuadir al Mo-

marca de que todo el mal procedía de que aquel caballero había vendido á la morisma el paso de sus tierras y no había salido en defensa de los maltrechos campesinos como los otros señores.

Enloquecido el Rey por la ira, creyó fácilmente cuanto le referían los falsos acusadores, y dispuso, que sin pérdida de momento, fuera castigada con la muerte la traición de su antiguo consejero. Pero don Pedro, por sus muchas bondades, tenía gran número de fieles amigos en todos aquellos reinos, y de ser público su suplicio, era de temer que se produjeran graves revueltas por campos y ciudades. Por lo cual, según se lo aconsejaron los calumniadores, dispuso el Rey, que dos de aquellos fueran á la villa de don Pedro, en el secreto de la noche, con una carta suya, en la que decía, al caballero, cómo necesitaba de él inmediatamente para un grave asunto de gobierno; los otros acusadores esperarían á los viajeros en medio de un bravo monte, por donde habían de pasar, y allí, sin ser



vistos de nadie, le darían muerte y sepultura secretas.

Hízose como fué fraguado, y una noche, al sonar las doce, llamaron á la puerta del castillo de don Pedro los dos emisarios.

Fueron introducidos á la alcoba donde el caballero descansaba, y con gran priesa le entregaron la carta del Rey. Cuando leyó don Pedro que el Monarca le llamaba con toda urgencia, alzóse rápidamente del lecho, mandó ensillar su caballo, vistióse y púsose su armadura en un momento, y acompañado de los emisarios, bajó corriendo por las escaleras de piedra del castillo.

Pero por falta de luz ó por estar resbaladizo alguno de los escalones, perdió pie en el último tramo de escalera, y rodando de peldaño en peldaño, con grande estrépito, fué á dar con su cuerpo sobre las losas del patio, donde quedó tendido sin poder moverse por la fuerza de los dolores que sentía.

Recogióronlo sus parientes y servidores, lo desnudaron y tendieron en su lecho, y llamado con gran presteza un cirujano vió cómo tenía rota don Pedro la pierna derecha.

Con esto se partieron solos los traidores emisarios del Rey, y fuéronse al monte para

avisar á sus malos compañeros cómo por aquella vez no podrían deshacerse de su odiado enemigo.

Entre tanto, el cirujano había hecho una penosísima cura al lastimado caballero, á quien, cuando ya iban cediendo los rigores del dolor, decíanle sus parientes:

—Y ahora, señor don Pedro, ¿diréis también que cuanto Dios hace es lo mejor?

A lo cual contestaba él con gran convencimiento, que aunque parecía malo lo que le había ocurrido, viniendo de Dios no podía menos de ser bueno por cualquiera razón no sabida de ninguno de ellos.

Durante muchas semanas continuó don Pedro sin poder levantarse de su lecho. Estaba ya convaleciente, cuando un día, sin ser esperado de nadie, presentóse el Rey ante el castillo al caer de la tarde. Venía cabalgando un brioso caballo de guerra, adornado con jaeces de oro, y los señores y damas de su corte lo acompañaban en corceles y palafrenes. Todos venían cubiertos por ricas armaduras de bruñido acero, con



airones de plumas de diversos colores sobre el casco, y las damas traían vistosísimos vestidos de tisú y terciopelo, bordados con perlas, y envolvían sus lindos rostros en suaves velos de seda y plata. Una brava tropa de soldados, armados de broquel y lanza, cerraba el cortejo.

Alegres sonos de trompetas anunciaron á las gentes del castillo qué ilustre huésped les llegaba. Todos los familiares y servidores del castellano acudieron á recibir al Rey en el puente levadizo. Se habían provisto de antorchas y cirios, para alumbrar al monar-

ca á su paso por escaleras y pasadizos, y el propio don Pedro quería levantarse, para ir á besar las manos de su señor, pero el Monarca, viniendo al lado de su lecho, con voz que de todos pudiera ser oída, le dijo:

—Por cierto, señor don Pedro, que no os corresponde á vos echaros á mis pies, sino á mí á los vuestros.

Con asombro de todos, arrodillóse al lado de la cama, de donde no se quería levantar aunque don Pedro se lo rogaba ardientemente.

—No me levantaré —dijo el Rey— hasta que confiese ante vos, y vos me perdonéis, una gravísima ofensa que contra vos he cometido.

Y narró entonces cómo se había dejado persuadir por los consejeros infames de la traición de don Pedro; cómo lo había mandado llamar para que á mansalva pudieran asesinarlo en el monte; cómo después, casualmente, había descubierto que se trataba de una vilísima calumnia, y cómo ya

había mandado hacer justicia en los calumniadores.

Perdonólo muy conmovido el caballero, y el Rey se fué, después de haberle dispensado numerosas muestras de cariño y de haberlo colmado de honores.

Una vez solo con sus parientes, díjoles don Pedro:

—¿Qué os parece? ¿No deberemos decir también esta vez: “Bendito sea Dios, que ya que lo hizo, esto es lo mejor”?



LA LECCION DE LAS CORNEJAS

—Señor Conde —dijo Patronio—, una vez era un Rey que tenía un único hijo y heredero, mozo de no mal natural, pero turbulento, gastador y amigo de placeres. Queriendo modificar su carácter, dióle por maestro al más grande filósofo que había por aquellas tierras, el cual, con palabras y ejemplos, no se daba reposo en corregir los defectos de su regio discípulo.

A pesar de todos aquellos desvelos, cuando á los quince años de edad, muerto el Rey su padre, encontróse el mancebo dueño del trono, dió de mano á las lecciones de su maestro, rodeóse de una regocijada corte de alegres mozalbetes, y olvidado del gobierno de sus estados, no pensó más que en paseos, cacerías, bailes, comedias y conciertos. Pasaba el día entero en los grandes salones de fiestas de su palacio, en las sombrías avenidas del parque ó á orillas del



lago, rodeado siempre de sus cortesanos, y comía golosinas y bebía frescos licores, mientras sus bufones narraban chistosísi-

mos cuentos, y sus músicos y cantantes entonaban deliciosas melodías, á cuyo són danzaban las parejas de bailarines. Llegada la noche, se iluminaban las florestas, atronaba los aires el estruendo de los cohetes, y el Rey, con sus damas y caballeros, bailaba y reía bajo las arboledas hasta la mañana.

Entre tanto, los pueblos, faltos de los cuidados de su Rey y señor, llenábanse de hambre y miseria, y los campesinos marchaban á otras tierras, donde, por no divertirse tanto el señor, les fuera menos difícil la existencia.

Todo esto lo veía el filósofo, maestro del Rey, con el dolor más vivo, no sólo por considerar la ruina de la nación, sino por ver perdidas sus enseñanzas. Buscando remedio para tan grave mal, se arregló de modo que entre los plácenteros galanes que rodeaban al Rey, viniera á tener gran fama de sabio en el arte de augurar lo por venir interpretando los vuelos y cantos de las aves. La fama llegó á oídos del Rey, quien,

por curiosidad y esperando hallar un placer nuevo en las intrincadas investigaciones del filósofo, rogó á su maestro que luciera ante él su saber.

El filósofo se negó en absoluto á hacerlo, afirmando que toda aquella fama eran vana palabrería sin fundamento. Pero tanto le suplicó el Rey, ya de verdad intrigado por conocer sus predicciones, que al cabo de algún tiempo, una mañana antes del alba, hízole el filósofo que saliera en su compañía á caballo. Ya lejos de palacio, en un valle desierto, en cuya mitad se alzaban las derruídas casas de una aldea abandonada, vieron una corneja puesta en lo alto de un muro que graznaba con gran clamor. Otra corneja, encaramada en la cima de un árbol, respondíale con no menores graznidos, y entre las dos armaban la más incomprendible algarabía que puede imaginarse.

Así que las vió el filósofo, tiró de la rienda á su caballo, echó pie á tierra y se estuvo buen espacio oyendo las alternadas voces de las dos aves. El Rey miraba al sa-

bio, queriendo descifrar por la expresión de su cara el significado de la inacabable charla cornejil, y vió cómo se llenaban de lágrimas los ojos de su maestro, cómo después rodaban por sus mejillas las gotas de llanto, cómo se vaciaba en suspiros su pecho, y por fin, cómo se envolvía la cabeza en sus vestiduras, tapándose los oídos por no oír los agoreros graznidos de las aves.

El Rey, al ver aquello, no pudiendo dominar por más tiempo su curiosidad, suplicó al filósofo que le explicara lo que decían las cornejas y que tanto pesar le causaba, pero el maestro le respondió sollozando que tan terribles eran sus palabras que antes prefería ser muerto que no decírselas á nadie, y menos al Rey su señor. Apretó en sus solicitudes el Monarca, y cedió en su resistencia el sabio, quien, por último, refirió lo que aquí sigue:

—Habéis de saber, señor, que todos los extremos de mi llanto, nacen de descubrir que no ya los hombres, sino también las aves



saben cómo se pierden estos estados por vuestro mal gobierno.

—¿Cómo puede ser eso? —preguntó el Rey, muy sobresaltado.

—Aquellas aves, señor —dijo el filósofo—, tenían concertado de casar á la hija de la una con el hijo de la otra, y la corne-

ja del muro decía á la del árbol que ya que tanto tiempo hacía que tenían pensado el matrimonio, era hora de efectuarlo. Mas la corneja del árbol le respondía que no negaba haber tratado aquellas bodas cuando las dos eran pobres, pero que ahora sería desigual el casamiento, pues ella era mucho más rica que la otra, “porque desde que á Dios gracias reina el Rey que ahora tenemos, han quedado desiertas todas las aldeas del valle, y en las casas desiertas se cría gran muchedumbre de culebras, lagartijas y sapos, con lo que tanto hay de comer que no somos capaces de acabarlo en un año”. La otra corneja se echó á reir cuando le oyó decir tales cosas y le respondió que poca razón era aquella para romper el casamiento, “porque sólo con que Dios conserve la vida á este Rey, muy pronto seré mucho más rica que tú, pues el valle en que habito también se va quedando desierto y en él hay diez aldeas más que en el tuyo”. Dejóse convencer la otra corneja y acordaron que mañana, al salir el sol, sea el casamiento.

El Rey mancebo entristeci6se muy de coraz6n al oir aquello y determin6 ocupar-se en adelante del gobierno de sus estados y no malgastar su tiempo y bienes en in6tiles placeres. As6 que el fil6sofo vi6 su pesar verdadero, di6le muchos consejos, que el Rey sigui6 fielmente, y de all6 6 poco volvi6 6 ser pr6spero el reino gracias 6 la lecci6n de las cornejas.



LOS TRES HIJOS DEL REY MORO

Un rey moro tenía tres hijos y no sabía á cuál de ellos nombrar para sucederle en el trono. El padre era ya viejo y los nobles le suplicaban que señalara heredero, no fuera á perder la vida inesperadamente y los tres príncipes se disputaran la corona, turbando la paz del reino. Pero el Rey, después de haber meditado mucho tiempo, díjoles un día á los nobles que en el término de un mes conocerían á cuál de sus tres hijos habían de honrar como á su futuro señor.

Los príncipes se habían criado lejos de la capital en un magnífico palacio rodeado de inmensos bosques y jardines en los cuales los regios infantes jugaban el día entero, al cuidado de sus maestros y rodeados de otros muchos niños. Pero nunca habían salido fuera de los muros de la finca ni habían visto nada del mundo.

Una tarde, á los diez días de haber ha-



blado con los nobles, presentóse el Rey en el alcázar de sus hijos para pasar allí la noche, lo que solía hacer frecuentemente. Antes de acostarse llamó al mayor de los infantes y le dijo que al día siguiente muy temprano habían de salir juntos á caballo y que cuidara él de despertarlo.

El infante se quedó dormido por la mañana y fué menester que el Rey le enviara á uno de sus camareros para hacerlo levantar de la cama.

Así que el infante estuvo en pie, entró en la alcoba del Rey, quien le dijo que se quería vestir y que fuera y le mandara al camarero que le llevara la ropa.

Fué el infante y le mandó al camarero que le llevara la ropa.

—¿Qué ropa quiere el Rey? —preguntó el camarero.

Volvió el infante y le preguntó al Rey qué ropa quería.

—Quiero la aljuba —dijo el Rey.

—Quiere la aljuba —le dijo el infante al camarero.

—¿Qué aljuba quiere el Rey? —preguntó de nuevo el camarero.

Volvió otra vez el infante y le preguntó al Rey qué aljuba quería.

—La verde bordada con rosas —respondió el Rey.



—La verde bordada con rosas —le dijo el infante al camarero.

Y así, con estas idas y venidas para cada cosa, llegaron á estar reunidas todas las prendas de vestir del Rey y procedieron á vestirlo los camareros.

Cuando estuvo vestido, díjole el Rey al infante:

—Ve y dile al caballero que ensille el caballo.

El infante fué y le dijo al caballero que ensillara el caballo.

—¿Cuál caballo? —preguntó el caballero.

—¿Cuál caballo? —preguntó el infante volviendo adonde tomaba el Rey chocolate.

—El caballo negro —dijo el Rey.

Volvió á salir el infante y le dijo al caballero:

—El caballo negro.

—¿Qué silla le pongo? —preguntó el caballero.

—¿Qué silla le pone? —preguntó el infante al llegar donde estaba el Rey.

—La de cuero tunecino —dijo el Rey.

—La de cuero tunecino —díjole el infante al caballero.

Hubo de volver aún á preguntar por el freno, por la espada, por las espuelas y por la escolta.

Cuando todo estuvo preparado, díjole el Rey al infante que no podía salir aquel día, que fuera él á la ciudad y se fijara mucho en todo lo que viera para contárselo cuando regresara.

El infante montó á caballo y fué para la ciudad seguido de un brillante acompañamiento en el que iban todos los ricos hombres del reino y sus herederos, con muchos pendones y estandartes, al són de clarines y timbales.

Anduvo por la ciudad el infante, y vuelto al alcázar, donde habitaba con sus hermanos, díjole al Rey que todo le había parecido muy bien, pero que chillaban mucho los clarines y hacían demasiado ruido los timbales.

Fuése el Rey para la ciudad y al cabo de

otros diez días volvió á pasar la noche en el palacio de sus hijos. Antes de acostarse, llamó al mediano de los príncipes y le dijo que al día siguiente muy temprano habían de salir juntos á caballo y que cuidara él de despertarlo.

Con él ocurrió todo, punto más, punto menos, como con el hermano mayor, y el Rey, después de haberlo probado, se volvió para la ciudad, de la cual regresó al alcázar de sus hijos pasados otros diez días. Antes de acostarse, dijo al infante más joven el encargo que había dado á sus otros dos hijos, y el infante madrugó tanto, que cuando despertó el Rey lo encontró á los pies de la cama velando su sueño.

Así que lo vió despierto, fué á postrarse á los pies del Rey y le pidió su mano para besarla. El Rey le dijo que mandara al camarero que le llevara la ropa para vestirlo.

El infante le preguntó detalladamente qué ropa quería ponerse, desde la camisa al capellar, y del turbante á las babuchas; fué,

lo trajo todo, y no consintió que camarero alguno vistiera al Rey, sino que él mismo lo hizo, diciendo que se tenía por muy dichoso con prestar á su padre cuantos servicios dependieran de sus manos.

Cuando el Rey estuvo vestido y calzado, mandó al infante que le hiciera ensillar el caballo. Antes de irse, el infante se informó muy por lo menudo de en qué caballo quería cabalgar, con qué silla y arneses y qué caballeros quería llevar en su compañía. En un instante fué todo dispuesto.

A punto de montar en los caballos dijo el Rey que no le era posible salir aquel día, que se fuera él á la ciudad y reparara bien en cuanto viera para referírselo á su regreso.

Partió el infante, con la misma escolta lucidísima que habían llevado sus hermanos, y llegado á la ciudad, hizo que le enseñaran las calles, el alcázar, la torre donde tenía el Rey sus tesoros, las mezquitas, los palacios en que habitaba la nobleza y las casas del pueblo. Después recorrió las mu-



rallas de la ciudad y fué considerando muy atentamente fortalezas, fosos, puertas y puentes. Por último, hizo salir al campo de ejercicios un regimiento de soldados y les mandó ejecutar cuantas evoluciones y ejercicios supieran. Ya de noche llegó de

vuelta al palacio donde vivía con sus hermanos.

El Rey lo esperaba lleno de ansiedad, y no bien hubo llegado el infante, retiróse con él á una apartada cámara y fué interrogándole muy despacio sobre cuanto había visto, de lo que el mancebo daba cuenta con mucha inteligencia. Terminadas las preguntas, díjole el padre:

—Bueno, pues dime ahora qué juicio has formado de todo eso.

—Bien lo diría—respondió el infante—si no fuera que el respeto me amarra la lengua.

El Rey le mandó hablar, y como el infante se resistiera, acabó por amenazarle con arrojarlo en la más tenebrosa mazmorra si no le descubría su pensamiento.

—Pues ya que os empeñáis en saberlo—dijo el infante—os diré que me parece no debéis ser tan buen Rey como anuncia la fama.

—¿Cómo es eso? —díjole el padre.

—Porque si lo fuerais, con los tesoros y

hombres que poseéis, habríais conquistado el mundo entero.

Gozóse el padre muy de corazón de que el animoso infante así lo denostara, y á la otra mañana, juntó en el palacio á sus nobles y presentándoles al más joven de sus hijos, les dijo:

—Ved aquí á mi heredero.



ALVAR FAÑEZ Y SU ESPOSA

Alvar Fáñez Minaya, que había combatido valerosamente al lado del Cid Campeador en muy gloriosas batallas, llegado á la edad madura, pobló la villa de Iscar y se retiró á vivir en ella, sin parientes ni amigos. Decidido á acabar con su soledad, cierto día fuese á ver al Conde don Pedro Ansúrez, fundador y señor de Cuéllar. Mucho le agradeció el Conde la visita, y después de haber comido, rogó á don Alvar Fáñez que le hiciera saber á qué causa debía el gozar la presencia de tan inesperado huésped.

—Es muy sencillo—dijo don Alvar Fáñez—; vengo á pedir os una de vuestras hijas para casarme con ella. Pero si me queréis recibir por vuestro yerno, habéis

de hacer de modo que yo pueda hablar unos momentos á solas con cada una de ellas, para escoger después la que mejor me parezca.

Viendo el Conde que mucho bien le vendría de tener por yerno á tan ilustre caballero, díjole que hiciera como quisiera.

Don Alvar Fáñez apartóse á un lado con la hija mayor y le dijo que quería casarse con ella, pero que antes de hablar del matrimonio había de hacerle saber que él no era ya nada mozo, y que con la fatiga de los años y las muchas heridas que había recibido en las guerras, siempre estaba enfermo, lleno de dolores y necesitado de cuidados, y que con los sufrimientos habíasele agriado tanto el carácter, que injuriaba á cada paso á los que le rodeaban y á veces los maltrataba y hería. Y añadió otras muchas desfavorables cosas, con ánimo de probar á la doncella, pintando tal retrato de sí mismo, que cualquier mujer vulgar podría tenerse por muy dichosa libre de tal marido.



La hija del Conde respondió que no le tocaba á ella arreglar su casamiento sino á sus padres, y que en aquello y en todo estaba dispuesta á hacer cuanto ellos le ordenasen. Pero después, tratando en secreto con el Conde y la Condesa, díjoles

que preferiría morir á ser esposa de aquel caballero.

Lo mismo anunció la hija mediana, después de que don Alvar Fáñez hubo conversado á solas con ella.

No faltaba ya sino hablar con la más joven, la cual, cuando Fáñez Minaya le hubo dicho lo que había asustado á sus hermanas, respondió, que ni aquello ni mucho más bastaría á aminorar la honra de recibir por marido á tan insigne y famoso varón; que si él era viejo y estaba enfermo, ella se tendría por dichosa con tratar de disminuir sus penas con sus cuidados y afecto, y que si era iracundo y colérico nada suponía para ella, pues estaba segura de que jamás había de disgustarlo ni en la cosa más pequeña.

Tantas razones análogas dijo la doncella, que don Alvar Fáñez dió gracias á Dios, por haberle concedido hallar mujer de tanto entendimiento; pidióla por esposa al Conde su padre, y de allí á poco fueron las bodas, en medio de muchas fiestas.

Don Alvar Fañez llevó su mujer á su casa, y encontró en ella esposa tan cuerda y prudente, tan llena de buen juicio y tan conocedora del mundo, que en adelante, no hizo cosa alguna sin consultarla primero con la dama; se guió de la opinión de su mujer más que de la suya propia, fiado en que la gran discreción de la señora, unida al grandísimo deseo de acertar que tenía en cuanto pudiera redundar en honra y provecho de su esposo, daba doblado valor á sus consejos. Y esto fué causa de que, no sin cierto desprecio, se dijera, entre los señores de la corte, que don Alvar Fañez Minaya, después de casado, no hacía más que lo que quería su esposa.

Llamado por el Rey, hubo de ir algún tiempo á palacio, y allí, cobró grande afecto á un sobrino que en la corte tenía. Llegada la hora de los adioses, cuando don Alvaro Minaya se volvía para su solar aldeano, preguntó á su sobrino qué opinión le quedaba de él.

—En todo me parecéis perfecto caba-

llero—dijo el sobrino—, y ni yo ni nadie sabe ponerlos más que una sola tacha.

—¿Cuál es? —preguntó sobresaltado Alvar Fáñez.

—Que dicen que en todo os dejáis llevar del consejo de vuestra mujer.

Nada respondió Minaya, echando la conversación por otro terreno, y en el momento de partir, invitó á su sobrino para que lo acompañara hasta su casa. Aceptó el mozo, y los dos cabalgaron muy contentos.

Al cuarto día de viaje, á media jornada de la villa de Iscar, ya dentro de los estados de Minaya, salió á recibirlos la mujer de Alvar Fáñez, noticiosa de que su esposo venía cercano. Muy alegre fué el encuentro, y cambiados los saludos de bienvenida, Fáñez Minaya y su sobrino cabalgaron algo delanteros, mostrándole el señor al huésped las tierras de su señorío.

A poco trecho, vieron una numerosa vacada que pacía en unos prados. Y dijo Alvar Fáñez:

—¿Dónde visteis tan hermosas yeguas como las que pastan en aquella pradera?

—¿Cómo yeguas —replicó el sobrino todo maravillado—, si son vacas y terneros?

—¿Queréis decírmelo á mí que soy su dueño? Yeguas son, y bien yeguas; de la casta de los caballos ligeros que desde la corte nos han traído tan rápidamente.

Volvió á decir el mancebo que no eran sino vacas, y el tío porfió de nuevo, afirmando que su sobrino debía tener enferma la vista ó la inteligencia, cuando no sabía reconocer aquellos animales por yeguas. Lo mismo, por la razón contraria, pensaba el mozo forastero.

Prolongó la disputa Alvar Fañez hasta que su mujer se fué acercando adonde ellos estaban, y así que la vió vecina, le dijo á su sobrino:

—Aquí viene mi mujer, quien podrá decidir cuál de los dos lleva razón en la contienda.

Parecióle muy bien al sobrino, y cuando llegó la dama, hablóle de esta suerte:

—Señora: Don Alvar Fáñez y yo estamos disputando porque él dice que estas vacas son yeguas y yo digo que son vacas, y tanto hemos porfiado, que él me tiene por loco y yo juzgo que él no está en su juicio: dirimid vos ahora nuestra contienda.

A la dama no le cabía duda de que eran vacas los animales aquellos; pero ya que su sobrino decía que Alvar Fáñez las había llamado yeguas, estuvo en seguida dispuesta á hacerlas pasar por tales ante el mundo entero.

—Bien me duele, sobrino mío—dijo—, no poder daros razón, ya que fiais de mi juicio; pero tengo que confesar que no ha sido de gran provecho para vuestra vista ni para vuestro entendimiento la estancia en los palacios del Rey, cuando creéis que son vacas las yeguas.

Y fuele describiendo una á una, con sus formas y colores, todas las presuntas yeguas, diciendo, al propio tiempo, cómo de lo

afirmado por Alvar Fañez no se podía dudar. Y tanto convencimiento ponía en su descripción, que el sobrino y los jinetes de la escolta, acabaron por pensar que ella contemplaba lo verdadero, siendo ilusión de los ojos las vacas que veían ellos.

Hecho esto, siguieron su camino y Alvar Fañez se adelantó algún tanto conversando con su huésped. Pero después descubrieron una yeguada que posaba en unos prados. Y no bien la hubieron visto cuando dijo Alvar Fañez:

—Estas si que son vacas y no las yeguas que antes queríais hacer pasar por tales

—Por Dios, tío—dijo el mancebo todo sofocado—; que ya voy pensando que el diablo me trajo con vos para que me vuelva loco en vuestras tierras; que, ó he perdido el entendimiento, ó esas son yeguas aquí y en todas partes.

Don Alvar Fañez sostuvo con grandes voces que eran vacas, el sobrino no quería dejar de tenerlas por yeguas, y estuvieron disputando hasta que llegó la esposa de



Fáñez de Minaya, la cual, enterada de la cuestión, aunque á ella le parecía verdad lo que decía el sobrino, no pudo admitir que se equivocara su marido; creyó lo que él decía y adujo una porción de razones para probar la afirmación de Alvar Fáñez.

Fueron adelante, hasta llegar á un muy ancho río, cuya corriente movía buen número de molinos, que se alzaban sobre las aguas. Al abreviar las bestias, dijo don Alvar Fañez que el río corría hacia su nacimiento y que á los molinos les entraba el agua por donde en realidad salía. Al oír aquello, se tuvo por completamente loco el sobrino; pues si se había equivocado tomando á las vacas por yeguas y á las yeguas por vacas, también caería en error ahora, al notar cómo las aguas corrían en dirección opuesta á la que decía don Alvaro Minaya. Sin embargo, no se resignó á pasar por lo que su tío afirmara, contra lo que veían sus ojos, y discutió largamente con él, hasta que llegada la esposa y enterada de la disputa, aunque su vista daba razón al mozo, ya que Alvar Fañez decía lo contrario, tuvo esto por cierto, y defendió con tantas razones lo dicho por su marido que todos se dieron por convencidos de que el río corría cauce arriba.

Siguieron su camino, y el mancebo iba

cabizbajo y entristecido, creyendo haber perdido el juicio, ya que nada era verdad de cuanto veían sus ojos.

Al cabo de un buen trecho, don Alvar Fáñez acercó al suyo su caballo, y dándole una palmada en un hombro, le dijo:

—Ahora, sobrino, te he dado respuesta á lo que me dijiste el otro día de que las gentes me censuran, diciendo que en todo me dejo gobernar por mi esposa. Lo que ahora hice fué para que conocieras qué clase de mujer es la mía, y cómo puedo poner en su albedrío mi buena fama. Bien veía ella, como tú y yo, que eran vacas los primeros animales que encontramos; pero como yo sostenía que eran yeguas, fiando más en las palabras de su esposo que en su vista, pues piensa ella que en ninguna cosa del mundo me puedo equivocar, al momento creyó y defendió con toda su alma cuanto yo decía, hasta haceros dudar á vos de la integridad de vuestro buen juicio. Idéntico fué con las yeguas, que yo convertí en vacas, y con el río, que hice correr huyendo

de su desembocadura. En verdad puedo deciros que desde el día que con ella casé, en nada hizo sino lo que produjera el bien mío, ni nada quiso sino cumplir mi voluntad. ¿Qué mucho que de quien hasta este punto me ama y desea mi honra y ventaja, tome yo devotamente los consejos?

Mucho se alegró el sobrino con oír esto, comprendiendo que sólo bienes podían venir para Alvar Fáñez Minaya de atender á tal consejera.

Y antes de puesto el sol llegaron al castillo, donde mucho se celebraron los acontecimientos de aquel día.



EL PAÑO MARAVILLOSO

Tres burladores vinieron á un Rey y le dijeron que eran muy grandes maestros en el arte de hacer paños de tan maravillosa calidad, que para todos eran visibles menos para quien fuera hijo de padres ladrones.

Agradóle mucho al Rey la noticia, porque pensó, que poseyendo uno de tales paños, podría saber cuál familia de sus caballeros y servidores venía de padres honrados y cuál de ladrones, y pidió á los burladores que le hicieran una pieza de aquel maravilloso tejido.

Los burladores, antes de tejerlo, pidieron al Rey grandes cantidades de hilillo de oro y plata y madejas de lana y seda de todos colores, y para que viera no lo querían engañar, le propusieron que los tuviera encerrados, con sus telares, en uno

de sus palacios, por todo el tiempo que durara el trabajo.

Hízose como ellos lo proponían: los condujeron con todos sus instrumentos á una casa de campo del Rey; instaláronlos en una sala donde nadie pudiera verlos, y tres veces cada día, de la propia mesa real, se les servían vinos y manjares en gran abundancia. El palacio entero retumbaba con el ruido de los telares durante todo el día.

Al cabo de medio mes de incesante labor, los burladores mandaron á decir al rey que les enviara más oro, plata, lanas y sedas, pues ya era consumido lo que les había dado.

El Rey, antes de entregarles mayor cantidad de tan preciosas substancias, mandó á la casa de campo á uno de sus cortesanos para que viera si iba adelantado el trabajo.

Los burladores recibieron muy bien al cortesano, y antes de llevarlo donde estaban los telares, le explicaron la maravillosa

condición del paño que sólo podía ser visto de quien fuera hijo de padres honrados. Acercáronlo después á un telar, ante el cual se puso á hacer como si trabajara uno de los burladores, y el cortesano, con gran maravilla, vió cómo la lanzadera, en medio del estrépito de todo el artefacto, iba y venía de uno á otro lado, entre una invisible urdimbre, sin que se viera su labor de trama.

Palideció el cortesano, sospechando si sería hijo de padres ladrones cuando nada veía de lo que aquel hombre ejecutaba; mas por no dejar conocer su turbación, púsose á alabar el primor con que el tejido iba realizado. Entonces, los burladores, llevándolo por el otro lado del telar, fingieron mostrarle lo que ya tenían hecho del paño. Levantaban sus manos en el aire, como si sostuvieran una larga tela entre ellas, é iban describiendo los grandes lirios de plata, que decían haber tejido sobre el dorado fondo del paño, y la fresca guirnalda de rosas, que, según ellos, corría por todo el borde. El cortesano, cuanto me-



nos veía, más redoblaba sus signos de admiración—¡Qué rosas! ¡Qué lirios! ¡Qué entonación! ¡Qué dibujo!—no fueran á sospechar los maestros tejedores la mancha de su origen. No bien llegado á palacio, díjole al Rey que había visto el paño, y en-

tre grandes muestras de admiración repitió la pintura que de las labores tejidas en él le habían hecho los burladores.

Los cuales siguieron comiendo y bebiendo á cuenta del Rey, en su salón del palacio de campo, en el cual resonaba todo el día el diligente estruendo de los telares. Y un mes después, fingiendo haber agotado los materiales de su trabajo, para terminar su obra pidieron otra vez al Rey nuevas cantidades de oro, sedas y plata, amén de perlas y esmeraldas que prender sobre las flores del paño.

En propia persona, quiso entonces el Rey ir á ver el maravilloso trabajo. No bien hubo llegado á las puertas del palacio, los burladores interrumpieron la batahola de los telares y fueron á postrarse á los pies del Rey, pidiéndole las manos para besarlas. Después, con ademanes de profundísimo respeto, condujeron al Rey ante los telares, y mientras uno de ellos hacía marchar el estrepitoso artefacto, los otros rogaban al Rey que reparara en lo numero-

sos que eran los cientos de hebras de la urdimbre y con qué perfección realizaba la lanzadera su trabajo. El Rey miraba y miraba, lleno de asombro y temor, y nada veía sino el tejemaneje de una lanzadera sin hilo entre los desnudos bastidores del telar. Una cruelísima sospecha relampagueaba en su ánimo:—¡Cielos! ¡Seré yo hijo de un ladrón!— y á punto estuvo de caer desmayado. Rehízose como pudo, y atendió á las explicaciones de los maestros, quienes hicieron primero como si desarrollaran una larga tira de paño, y como si la sostuvieran en alto, cogida por ambos bordes, con mucho cuidado para que el precioso tejido no se rozara contra el suelo, al tiempo que iban explicando al Rey las labores del paño: los lirios de plata sobre el dorado fondo, la doble cenefa de rosas de varios colores, el escudo de armas reales labrado en el centro de la prodigiosa pieza. Y el Rey, convencido ya de la escasa honradez de sus padres, atento á disimularla, fingió lo mejor que supo ver

ante sí cuanto anunciaba la lengua de los burladores.

Llegado á su palacio, pasóse toda la noche sin poder dormir, en la desesperación y la vergüenza de sentir que había sido un ladrón el Rey su padre.

Por la mañana, con la esperanza remota de que le hubieran engañado los tejedores y poder restaurar en su interior la buena fama de su padre, mandó á su primer ministro á que viera el paño maravilloso, y aquél regresó del palacio campestre, entonando grandes alabanzas de la obra, y pintando uno por uno sus lirios y guirnaldas.

No conforme aún el Rey, envió allá al Ministro de la Guerra, y al Obispo, y al principal de sus médicos, y al jefe de las cocinas y todos regresaron deshaciéndose en exclamaciones de asombro, al referir la hermosura del paño. Nunca cosa tal se había visto, según testimonio de todos, y el Rey no conseguía ver nada.

Convencido ya de los latrocinios paternos, puso todo su empeño el Monarca en

que nadie llegara á sospechar que no veía él el paño, no fuera á divulgarse el vergonzoso hecho, y sus súbditos lo derribaran del trono, no queriendo ser regidos por un hijo de ladrones. Por ello, el día en que los burladores fingieron traer con toda solemnidad el paño, envuelto en finísimos lienzos, é hicieron como si lo desenvolvieran en el salón del trono, en medio de las exclamaciones entusiastas de los cortesanos, el Rey ordenó que de aquel precioso paño le hicieran, con toda urgencia, un traje, para lucirlo en la fiesta del santo patrón del reino, que se celebraba de allí á dos días.

Los propios burladores se encargaron de la hechura: tomáronle medidas al Rey, con grandes tijeras fingieron cortar el invisible paño, y después dieron á entender que cosían los varios trozos formando las diversas piezas del precioso traje.

Llegada la mañana de la fiesta, ellos mismos fueron á ataviar al Monarca. Hicieron como si le pusieran y ajustaran la



maravillosa vestimenta, y el Rey, echando mano de todo su valor, pues él se veía en camisa y con las piernas al aire, con la cabeza erguida y nobles ademanes de majestad, atravesó entre las filas de los maravillados cortesanos, que á gritos alababan la preciosidad del traje; bajó la escalinata de mármol del palacio, y en el patio, montó en un soberbio caballo blanco, para diri-

girse á la Misa solemne que en la catedral se celebraba.

Todo el pueblo sabía ya la maravillosa cualidad del presunto traje—pues buen cuidado habían tenido de divulgarla los autores del paño— y no hubo nadie que, á pesar de ver al Monarca en camisa, muy tieso y grave sobre la silla del caballo, dejara de ponderar la maravilla del vestido.

Así llegó el Rey á la catedral, donde echó pie á tierra y fué solemnemente recibido por el Obispo y cabildo, quienes bajo palio se disponían á conducirlo hasta el altar mayor, cuando un sacristán, por más señas, borracho, metiéndose en medio de los dignatarios de la iglesia, dijo á grandes voces:

—A mí no me importa ser tenido por hijo de ladrón, que ni yo ni nadie sabemos quién fué mi padre, y por eso digo que estoy cierto de que el Rey ha venido en camisa á la catedral.

Y cuando esto hubo dicho, un pilluelo que lo oyó, clamó entre grandes risotadas:

—Sí, sí; verdad es: el Rey está en camisa.

Y así, primero entre el pueblo que llenaba la plaza de la catedral, á lo último entre los señores y clero que rodeaban al soberano, se vino á reconocer, en alta voz, por todo el mundo, que el Rey había ido en camisa á la catedral.

Montó en gran cólera el Monarca y ordenó que buscaran á los burladores que en tan ridículo paso lo habían puesto, para hacer terrible escarmiento en ellos. Pero los burladores estaban ya á buen salvo, á todo correr de sus caballos, llevándose consigo cuanto oro, plata, sedas y piedras preciosas les había dado el Rey para tejer el maravilloso paño.



EL MOZO QUE CASO CON MUJER BRAVA

En una ciudad de moros había un hombre muy rico y honrado que por toda descendencia tenía una hija única, linda y de pocos años, pero con el más endiablado genio de que había memoria en toda la morería. Ni padre, ni madre, ni maestros, ni criados podían resistir los constantes arrebatos de su cólera, y el viejo moro no deseaba otra cosa sino encontrar marido con que casarla y ver si saliendo la hija entraba la paz en su casa; pero no había en la ciudad mancebo bastante valeroso para tomar por mujer á aquel diablo.

Vecino de la casa de este moro vivía otro, no inferior á él en calidad y fama, aunque pobre, el que tenía un solo hijo, mozo en quien relucía toda virtud huma-

na. Pero por falta de riquezas, el mancebo no ocupaba en la ciudad el puesto que correspondía á sus talentos y buen talle y cavilaba entre sí cómo podría emprender algún lejano viaje del cual regresara con dineros bastantes para no llevar una vida oscura y limitada.

Hablaba cierta vez con su padre de aquel deseado viaje, asegurándole que sólo el temor á dejarlo sin amparo en su ancianidad le apartaba de emprenderlo, cuando el padre le dijo, que en vez de buscar la riqueza en comarcas remotas, bien podría encontrarla en su propia ciudad, casando con alguna doncella de claro linaje.

—¡Casarme! — decía amargamente el mancebo—¿Qué padre quiere yerno mendigo? Como no sea nuestro vecino el que tiene á la hija rabiosa y endiablada.

Y después de meditar algunos momentos, dijo á su padre:

—Bien mirado, los peligros que había de correr lejos de vos en la mar brava son mayores que los que correré á vuestro lado

con la mujer furiosa. Dispuesto á lo más, lo estoy á lo menos. Id mañana por la mañana á ver á nuestro vecino y pedidle su hija para mi esposa.

El padre procuró apartarlo de aquella idea, diciendo que no había hombre, por miserable que fuera, que quisiera casar con tal dama; pero tanto insistió el mozo, que el moro viejo acabó por prometerle que á la mañana siguiente visitaría á su vecino y le pediría la hija.

Los dos moros eran grandes amigos, y así, al otro día, no bien el padre del mozo hubo hecho su petición, el de la doncella brava le habló de esta suerte, muy maravillado:

—Por Dios, amigo mío, que si yo accediera á lo que me pedís, haría horrenda traición á nuestra amistad. Excelente hijo tenéis y no puedo yo querer su muerte ni su mal; y estad seguro de que si con mi hija casara, presto habría de morir ó de verse en tal situación que prefiriera la muerte á la vida.

Repitió su demanda el padre del mozo, á pesar de las razones que su amigo le daba, y el de la dama acabó diciendo:

—Si oído lo que me dictó mi conciencia no veis en ello obstáculo para esas bodas, podremos celebrarlas cuando queráis y que vuestro hijo no me guarde gratitud por haberlo aceptado como yerno, pues lo mismo habría recibido á cualquier otro que me la sacara de la casa.

Hízose el casamiento, y aquella noche los padres y parientes llevaron á los nuevos esposos á la casa en que habían de vivir, dejándolos solos en ella para que cenaran y descansaran. Y todos se iban con temor de que al día siguiente hallarían muerto ó mal herido al novio.

Partido el cortejo, el mozo echó los cerrojos de la puerta, y fué con su mujer para la sala, donde tenían dispuesta la cena. Sentóse á la mesa y díjole á su mujer que frente á él se sentara. En seguida miró en derredor con sombría mirada, y viendo á un su perro alano, que mansa-

mente tendido en un rincón, esperaba las sobras del banquete, díjole con rudeza:

—Alano, dadnos agua á las manos.

El alano, naturalmente, no se la dió, y entonces el mancebo lo comenzó á denostar y le repitió, más bravamente aún, que le diera agua á las manos.

Como tampoco lo hiciera entonces, levantóse muy enojado el mancebo, desenvainó la espada y se dirigió contra el perro amenazándolo con terribles ademanes. Cuando el alano vió que contra él venía, comenzó á huir por toda la habitación y el mozo iba detrás, lanzando iracundas voces y derribando los muebles á su paso. Alcanzólo por fin, matólo á cuchilladas y volvióse á sentar á la mesa poniendo sobre sus rodillas la sangrienta espada.

Miró en derredor con rabiosos ojos, vió á un gatito blanco que hecho una bola se calentaba á la lumbre del hogar, y le ordenó con fieras voces:

—Gato, dadnos agua á las manos.

El gato no se movió, y entonces él volvió



á levantarse de la mesa y fué hacia la chimenea, gritando:

—¿Qué es eso, don falso traidor? ¿No viste lo que hice con el alano porque no me obedeció? Eso haré contigo si no cumples lo que te mando.

Y como el gato no lo cumpliera, lo cogió del suelo y lo estrelló contra la pared en un furioso golpe.

Tras de lo cual, volvióse á sentar á la mesa, lanzando á todos lados iracundas miradas. La mujer, viéndolo así, creyó que había perdido el juicio y no se atrevía á moverse ni á decir palabra.

Por la ventana de la habitación, que había quedado abierta, vió el mancebo á su caballo en el patio. No tenía otro sino aquél, y era un animal de bellísima estampa. Sin embargo, díjole ferozmente:

—Caballo, dadnos agua á las manos.

El caballo no se movió, y entonces el mozo, precipitándose hacia él con la espada en la mano, le gritó muy airado:

—¿Qué es eso, don caballo? ¿Creéis que porque no tengo otro sino vos, he de permitir que no cumpláis mis mandados? Lo mismo haré con vos que con los otros y con toda cosa viva que no haga lo que le ordeno.

Y como aún entonces se estuviera quedo el caballo, lo mató á cuchilladas, volviendo después á sentarse á la mesa con manos y vestidos ensangrentados. Sobre sus rodillas colocó la mortífera espada.

La mujer, al ver que había matado de aquel modo á su único caballo, túvolo por loco furioso, y tanto miedo le entró, que no sabía si era viva ó muerta, mientras él barbotaba, que no ya caballos, sino mil hom-

bres y mujeres que hubiera en la casa habían de correr la misma suerte como no obedecieran á lo que él mandaba. Y volviéndose á su esposa le gritó muy recio:

—Levantaos, señora, y dadme agua á las manos.

La mujer, que ya se veía acuchillada, levantóse muy de prisa, trajo aguamanil y toalla y arrodillóse á los pies de su marido sosteniendo la palangana mientras él se lavaba. Al secarse las manos, díjole furiosamente el mozo:

—Bien hicisteis, señora, en cumplir lo que os mandé, que si no, con la rabia que esos locos me dejaron, lo mismo habría hecho con vos que con ellos.

Después le ordenó que le sirviera los manjares de la cena, y con tal voz lo hizo, que ella se estremeció creyendo que su cabeza rodaba por la alfombra ya cortada. Sirvióle temblorosa y estuvo de pie á su lado mientras él comía con gesto ceñudo.

Al tiempo de irse á dormir, dijo el marido:

—Con el enojo que tuve, temo no poder pasar buena noche. Levantaos temprano, señora, y cuidado de que nadie haga ruido y me despierte por la mañana.

Aún no era de día cuando ya estaba la mujer á la puerta de la calle para impedir que los transeúntes turbaran el sueño de su esposo.

A las ocho de la mañana llegaron de visita los padres y parientes de los nuevos esposos, y gran susto llevaron, cuando vieron á la novia á la puerta de la casa, y oyeron que les decía, en voz baja, llena de terror:

—¿Qué hacéis, locos traidores? ¿Cómo os atrevéis á venir á esta casa? No digáis nada, callaos: que si no seremos muertos todos.

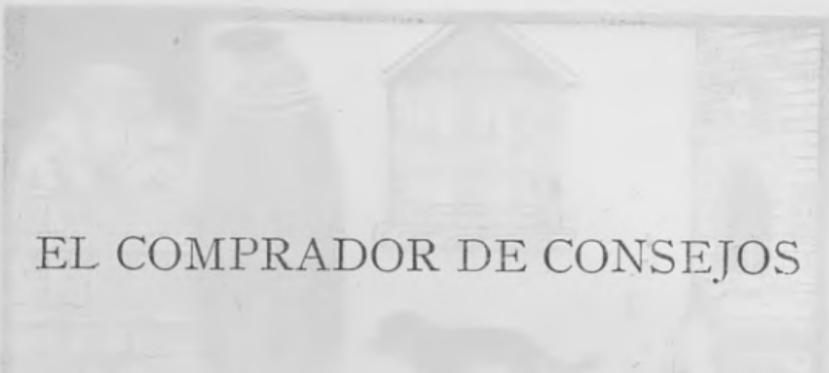
Pero el susto se trocó en maravilla cuando supieron, cómo, en un instante, el mozo había convertido en dócil esposa á la doncella brava.

Y en adelante, nada turbó la paz en que vivió el afortunado matrimonio.

Pocos días después, el suegro quiso domañar á su mujer, como había hecho su yerno, y fué y mató un caballo. Dijóle ella:

—A fe mía, don fulano, que tarde os acordasteis de hacerlo y ahora lo mismo es que matéis uno que ciento. El primer día habíais de haber comenzado, que ahora ya nos conocemos harto.





EL COMPRADOR DE CONSEJOS

—Señor Conde—dijo Patronio—, en cierta ciudad habitaba un gran maestro que no tenía otro oficio que el de vender consejos. Todo el día se estaba sentado en su tiendecilla, y á quien allí entraba, dába-le consejos de mayor ó menor calidad, según el dinero con que le pagara.

Un mercader viajero, que estaba de paso en la ciudad, fué á ver á aquel maestro y le pidió que le vendiera un consejo.

—Con mucho gusto lo haré—díjole el maestro—, pero habéis de decirme de qué precio lo queréis.—

—Dadme uno de á maravedí—dijo el mercader entregándole la moneda.

El maestro cogió el maravedí, guardólo en la gaveta y le dijo:



—Amigo mío, cuando alguien os convida á comer y no sepáis los manjares que os habrán de servir, hartaos del primero que os trajeren.

—No me habéis dado gran consejo—dijo el mercader.

—Ni vos grande precio—respondió el maestro.

Entonces el mercader le dijo que le diera un consejo de una dobla, y el maestro, después de guardada la moneda, le habló de este modo:

—Amigo, cuando os sentéis, ocupad tal asiento que nadie tenga derecho á deciros que os levantéis de él.

El mercader tornó á decirle que no era gran cosa aquel consejo, y el maestro repitió que guardaba relación con la cantidad pagada por él.

—Dadme, pues, uno de diez maravedíes—dijo el mercader, entregándole el precio.

El maestro, luego de embolsado el dinero, dijo gravemente:

—No os metáis nunca á aconsejar donde no os pidieren parecer.

Tampoco aquel consejo satisfizo del todo al mercader y solicitó uno de ciento diez maravedíes.

El maestro, una vez en su mano las monedas, habló de esta suerte:

—Amigo mío, cuando estuvierais muy enojado nada digáis ni hagáis hasta conocer toda la verdad.

Tampoco se contentó el mercader con aquel consejo, pero juzgando que si quería saber más sentencias se quedaría sin dineros, salióse de la tienda, conservando en la memoria aquéllas.

Y el mercader anduvo en sus mercaderías, años y más años, por mar y tierra, sin volver á la ciudad donde había dejado á su mujer, ni enviarle noticias suyas.

La mujer, muy triste por no saber la suerte de su marido, pasaba su vida cuidando y educando á un hijo que le había nacido á pocos meses de haber comenzado el mercader su viaje. Y tantos años iban transcurridos sin noticias del padre, que el hijo se había hecho mozo y una barba negra y sedosa rodeaba su semblante.

Un día, el mercader, morando siempre en tierras lejanas, encontróse lo bastante rico para poder dejar la angustiosa vida de viajero, que había hecho hasta entonces, y retirarse á gozar del bienestar ganado, en su ciudad, al lado de su esposa. Realizó sus mercancías, y con todo su caudal, se embarcó en un navío que se hacía á la vela para el puerto donde su mujer habitaba.

Llegado á su ciudad, desembarcó solo, y sin ser visto de nadie, fuese para su casa,

donde entró sin ruido, escondiéndose en un cuarto oscuro y deshabitado, por ver cómo vivía su mujer en su ausencia.

Mirando por el ojo de la llave la vió que cosía afanosamente al pie de la ventana. Pero no llevaba mucho tiempo en la dulce contemplación, cuando le invadió repentino enojo al ver que lo que su mujer cosía con tanto afán era una camisa de hombre.

A punto estuvo de salir de su escondrijo, gritando con gran cólera:

—Veamos, señora, ¿para quién coséis de tan buena gana?

Pero vínosele á la memoria el consejo comprado al maestro, y se dijo:

—Cuando estés enojado, nada hagas ni digas sin saber toda la verdad. Esperemos, por tanto.

Esperando estaba, cuando entró por las puertas un florido mancebo que se acercó á su mujer con los brazos abiertos, siendo recibido por ella con mucho cariño y agasajo.

El mercader pensó ya que su mujer,

dándole por muerto, se había casado con aquel otro hombre, y de creerlo, asaltáronle unos celos tan furiosos, que se sentía impulsado á precipitarse fuera de su escondite y matar á los que juzgaba esposos.

—Nada hagas ni digas hasta saber toda la verdad—decíale sin embargo en su interior el consejo comprado.

Esperó, pues, gracias á aquella sentencia, y con creciente enojo vió cómo la mujer ponía dos sitios para comer en la mesa, cómo, después, traía de la lumbre una cazuela con humeantes manjares y se sentaba ante ella en compañía del lindo mancebo.

Apenas podía ya dominarse el mercader, apretando entre sus vestidos la empuñadura del puñal, cuando oyó cómo decía su mujer:

—¡Ay querido hijo mío! dijéronme ahora que ha llegado una nave de aquellas tierras donde está tu padre. Así que comamos, corre al muelle y ve si á bordo hay alguien que pueda darte noticia de él, que

muerdo de pena sin saber qué suerte puede haberle tocado.

Acordósele de pronto al mercader, que cuando él había partido, era esperado el nacimiento de un hijo, el cual, con los años transcurridos, muy bien podía ser aquel mancebo, y empujado de tan grata idea, salió corriendo del escondite y abrazó á la madre y al hijo con gran ternura y cariño.

Recordando que el consejo comprado al sabio, aunque le había parecido de escaso valor al principio, le había librado después de cometer un crimen espantoso, solía decir el mercader:

—Jamás gasté dineros mejor empleados.



EL VASALLO DEL DIABLO

Un hombre rico llegó á verse en muy grande pobreza, y como no hay peor escuela para sufrir escaseces que haber gozado antes de la abundancia, mucho se dolía y desesperaba de su estrechez.

Cierto día, caminaba por un solitario monte, entregado á muy amargos pensamientos, cuando, de pronto, encontróse en presencia del diablo que venía hacia él con traza de caminante.

El diablo, después de saludarle, le preguntó por qué venía tan triste.

—No os lo diré—respondió el hombre—, porque es imposible que recompenséis el trabajo que yo me tome para referiros mis males con remedio que me haga libre de ellos.

—Si tú quisieras hacer lo que yo te di-

jera, bien pronto te verías tan dichoso que perderías la memoria de que en la tierra habita la desgracia—díjole el diablo.

Y para convencerle de su poder, narróle detalladamente, como sólo hubiera podido hacerlo el propio interesado, la historia de sus males y los pensamientos que ocupaban su mente cuando venía caminando por el monte adelante.

—En fin—acabó diciendo—, si quieres ser mi vasallo, puedo hacerte tan rico como jamás soñaste serlo, porque soy el diablo.

Cuando el hombre le oyó decir que era el diablo sintió mucho temor; pero tanto era su anhelo de recobrar la riqueza, que después de algunas vacilaciones, en vez de huir del enemigo, acabó diciéndole que con tal de tener bastantes riquezas estaba dispuesto á hacer cuanto él quisiera.

—Bien me parece que quieras ponerte á mis órdenes—dijo el diablo—. Nunca estarás pesaroso de ello. Pero conozco mejor que nadie á la no muy noble estirpe de los hombres, sé lo que se puede fiar de gentes

de tal calaña, y has de perdonar que no te favorezca confiado en tu sola palabra.

—¿Qué otra cosa necesitas?—preguntó el hombre.

—Un pacto escrito, firmado de tu mano.

No dejó de espantarse el hombre ante semejante pretensión, y por ver si lograba que el diablo mudara de designio, dijo de este modo:

—¿Cómo hemos de hacer, si estamos en mitad de un bravo monte y no tenemos papel, pluma ni tinta?

—No te apures por tales pequeñeces —respondió el demonio. Y añadió, presentándole, abierto, un gran libro lleno de enrevesadas firmas que llevaba bajo el brazo:—Aquí tienes papel.

Cogió después la gran pluma roja que se mecía sobre la gorra de terciopelo negro con que se cubría la cabeza:

—Y aquí la pluma.

—Pero nos falta tinta—musitó el hombre, todo perplejo y acobardado.

—¡Esa menos que nada!—respondió

riéndose el diablo—. Una sola tinta hay que no se borra jamás y es la sangre humana. Baña la pluma en la sangre de tus venas.

De mala gana se pinchó el hombre un dedo, mojó la pluma en la gota de sangre que de la herida brotaba y puso su nombre en una página de aquel libro cuajada de extrañas palabras.

Seco lo escrito y guardado el libro, díjole el diablo entregándole una llave:

—Ahora que eres mi vasallo vete á robar y en breve serás rico. Con esta llave podrás abrir todas las puertas, por bien cerradas que estén, y si alguna vez te ves á punto de caer preso, no tienes más que decir: “¡Socorredme, don Martín!”, y yo vendré al momento y te libraré de quien te persiga.

Con esto se separaron uno de otro, y el hombre se volvió á la ciudad, donde, por conocer el poder de su llave, entró aquella noche en casa de un señor muy rico robándole muchos caudales.

De allí á poco robó en otras dos casas y juntó tantos dineros y joyas que ya se podía juzgar libre de la pobreza para todo el resto de sus días. Pero le había tomado gusto al robo, y siguió en sus latrocinios hasta que, alarmada la ciudad y conocida la pista del ladrón por la justicia, lo sorprendieron los alguaciles, al salir de una casa, cargado con el fruto de su rapiña.

—¡Socorredme, don Martín!—dijo entonces el hombre, y se apareció el diablo, que cogió en alto al ladrón y apretó á correr con él entre los brazos, llevándolo en una carrera hasta el otro extremo de la ciudad, dejando á los alguaciles boquiabiertos y burlados.

Al ver con cuánta facilidad lo había librado don Martín del poder de la Justicia, creció más aún su afán de robar, y robó y robó, noche tras noche, con terror de todo el país, hasta que otra vez pudieron sorprenderlo los corchetes.

—¡Socorredme, don Martín!—dijo el hombre, cuando se vió rodeado de alguaci-



les; pero el llamado no se presentó y los servidores de la Justicia, muy contentos de haber dado con él, lo llevaron á la cárcel amarrado codo con codo.

—¡Socorredme, don Martín!—gemía el hombre en su calabozo.

Tres días después se le apareció don Martín, cuando ya iban á juzgarlo y sentenciarlo, y lo sacó de noche de la prisión, adormeciendo á los guardias.

—¿Cómo no me habéis socorrido antes?—preguntó el hombre temblando de espanto.

—¡Si ayudarte á ti fuera lo único que yo tuviera que hacer!—respondió con despego el diablo—. Andaba metido en negocios mucho más graves.

El hombre dejó de robar durante algunas semanas, no volviera á cogerlo la Justicia estando don Martín ocupado; pero al cabo de algún tiempo, arrastrado por poderoso impulso, olvidó las angustias pasadas en la cárcel y volvió á sus robos como antes.

Otra vez fué temido en toda la comarca, hasta que la Justicia volvió á tener rastro de él, lo cazaron los alguaciles en una de sus fechorías, y cargado de esposas fué encerrado en el más escondido calabozo de la cárcel.

El hombre no cesaba de clamar: “¡Socorredme, don Martín! ¡Socorredme, don Martín!” Pero don Martín debía estar muy atareado, porque no acudía al dolorido reclamo.

Y se reunieron los jueces, examinaron las numerosas culpas del ladrón y lo condenaron á morir ahorcado.

Al pie de la horca estaba, cuando se le presentó el diablo.

—Sabed que esto no es ya cosa de broma —dijo el hombre—; están á punto de ahorcarme y sufro angustias mortales.

Pero don Martín le dió una limosnera, que, según él, contenía quinientos maravedises, diciéndole que se la entregara al juez, y al momento sería libertado.

El hombre llamó entonces al juez y le dió

en secreto la limosnera con el dinero para que le salvara la vida.

Entre tanto el verdugo buscaba por todas partes la cuerda para ahorcar al ladrón y no podía encontrarla. Ya iba á mandar por una cuerda nueva á un ayudante suyo, harto de buscarla y no hallarla, cuando dijo el juez:

—Amigos: ¿cuándo se vió que faltara cuerda para ahorcar á un hombre? De fijo que el reo no ha vivido aún todo su tiempo, y no quiere Dios que perezca, y por eso hizo desaparecer la soga. Volvámoslo á la cárcel y mañana veremos si en justicia lo hemos juzgado.

Ya lo llevaban para la cárcel, cuando el juez, al abrir la limosnera, encontróse en ella, en vez de los dineros, la cuerda de la horca. Furioso de la burla, se la entregó al verdugo y ordenó que fuera cumplida la sentencia.

Puesto ya en la horca, todavía rogaba el hombre á don Martín que le socorriera, y aquél le dijo con risa endiablada:

—Sólo ayudo á mis amigos hasta llevarlos al delicioso lugar en que te encuentras. ¡Buen provecho te haga!

Hizo lo suyo el verdugo y de esta desdichada manera pereció el hombre vasallo del diablo.



LA PRUEBA DE LA AMISTAD

—Señor Conde —dijo Patronio—: un hombre bueno tenía un hijo mozo, á quien, entre los muchos consejos que daba, recomendaba siempre que procurara tener buenos amigos. Y el hijo, por cumplir lo que disponía su padre, acompañábase de muchos mancebos á quienes convidaba y regalaba en toda ocasión, y ellos aseguraban ser sus amigos y estar dispuestos á servirle en cuanto necesitara.

Cierto día, estando el mancebo con su padre, preguntóle éste si había buscado buenos amigos como le tenía mandado y si le parecía tener alguno.

—Ya lo creo que tengo—respondió el mozo con grande entusiasmo—, todos los mancebos de la villa son mis amigos y de todos me acompaño.

—No quiero decir eso—dijo el padre—. Te pregunto si crees que haya alguien que por amor á ti esté dispuesto á sufrir algún trabajo.

—¡Sufrir trabajos!—exclamó el hijo—; diez amigos tengo de quienes sé con toda certeza que darían la vida por mí como yo la daría por ellos.

—¡Diez nada menos!—dijo el padre muy maravillado—. ¡Y en tan poco tiempo! En setenta y dos años que llevo yo en el mundo no he logrado tener más que un amigo y medio.

Porfió el hijo diciendo que estaba seguro de que hasta aquel punto le querían sus amigos, no cejó en sus dudas el padre y por resolver la contienda acordaron probarlos de esta manera:

Era aquella la época de la matanza de puercos, y el hijo metió en un saco el cuerpo de uno de esos animales, y á primera hora de la noche, con el saco al hombro, se fué á casa de uno de sus diez amigos y así que estuvo á solas con el mozo, fingiendo



gran angustia, le dijo que aquél era el cadáver de un hombre á quien acababa de dar muerte, y por la amistad que los unía, le suplicó que le ayudara á hacer desaparecer

el cuerpo, aunque advirtiéndole que si así lo hacía, no dejaría de incurrir en grave pena si el crimen fuera descubierto.

El buen amigo, todo asustado y empujándolo hacia la puerta con su peligrosa carga, le dijo que considerara la avanzada edad de sus padres, y la pena mortal que recibirían si él apareciera complicado en tal delito, y que no podía socorrerlo por eso, suplicándole además que hiciera de modo que nadie sospechara que había ido aquella noche á su casa.

—Este no era mi amigo—dijose tristemente el mancebo, así que se vió en la calle—; pero, diga lo que quiera mi padre, aún me quedan nueve.

Y con su saco al hombro se fué á casa de otro.

Tampoco aquél pudo ayudarle: estaba recién casado y no había de dejar desamparada á su mujer si su acción llegara á ser conocida y castigada. Y como el anterior, le suplicó que nadie supiera que había ido á solicitar su auxilio.

—Tampoco éste es mi amigo—suspiró el mancebo así que estuvo en la calle—; pero ninguno me faltará de los ocho que me quedan.

El tercero se fingió enfermo é imposibilitado de salir de su estancia; otro alegó lo necesario que era á sus hijos pequeñuelos; el de más allá no podía abandonar negocios en los que estaba comprometido dinero ajeno. Pero todos, al tiempo de ponerlo con su saco en la calle, le ofrecieron que, si acaso era descubierto su crimen, y él penado, tratarían de ablandar á los jueces con súplicas, lo acompañarían en las horas crueles del juicio y de la ejecución de la sentencia, y si era condenado á muerte, harían un grande entierro á su cadáver y recomendarían su alma á los cielos con fervorosas plegarias...

Ya de madrugada, el mancebo llamaba á la puerta de su casa cargado siempre con su saco. Salió á abrirle su padre.

—¿Cuántos amigos tienes, muchacho?



—preguntóle burlonamente al verlo encorvado bajo el peso del saco.

—Ni uno solo —hubo de musitar el mozo.

—Pues duerme ahora y descansa, que la noche que viene probaremos á mi medio

amigo y al amigo completo — díjole el padre.

A poco de anochecer salía el mancebo cargado con el saco.

—Ve primero á casa de mi medio amigo —díjole el padre.

Llegado allá, llamó á la puerta y contóle al hombre la angustia en que fingía encontrarse.

—No por ti, sino por evitarle esa pena á tu padre te ayudaré á esconder el cadáver —díjole el medio amigo.

Y lo llevó á su huerto, donde había un campo de coles recién plantadas, y levantando un surco de ellas, cabó una fosa y metió en ella el saco con el puerco, que él juzgaba restos humanos, volviendo á colocar encima las coles de modo que nada de lo hecho pudiera ser notado.

El mancebo, muy agradecido, fuese para su casa y refirió lo ocurrido á su padre.

—Bien está—díjole aquél—; mas para saber hasta qué punto es mi amigo aún hemos de seguir probándolo.

Y ordenó á su hijo que al día siguiente buscara á aquel amigo cuando paseara por la plaza, y que, con cualquier motivo, armara una pública disputa con él hasta acabar pegándole una bofetada.

Hizo el mancebo lo que le mandaba su padre, y el amigo, al ser ofendido, quiso echarse sobre él para castigarlo. Pero sujetándole los transeúntes, que habían acudido á separarlos, desahogó su cólera con decirle en voz alta:

— ¡Desagradecido! ¡Ingrato! ¡Cómo siento no poder descubrir las cosas del huerto!

El mancebo volvió á su padre y le contó lo que le había acaecido con el medio amigo.

— Probemos ahora al amigo completo — dijo el anciano.

El mancebo fué en busca de él, le narró cómo había dado muerte á un hombre y dónde y de qué manera estaba oculto el cadáver.

— Mal hiciste en lo hecho — dijo el

amigo—. Mas yo te prometo que tu mala acción no le costará ni una sola lágrima á tu honrado padre.

Por casualidad, entonces, habiendo desaparecido un hombre de aquella villa, empezó á correr el rumor de que había sido asesinado y que el matador debía ser aquel mancebo á quien algunos habían visto, entre las sombras de la noche, cargado con un pesado saco. Intervino el juez y mandó prender al acusado.

Mas el amigo de su padre, que le había prometido librarlo de todo el mal, se presentó al juez y se acusó á sí propio como autor de la muerte, diciendo dónde había enterrado el cadáver.

—Mi conciencia—añadió—, aunque muy dañada, no tolera que pague mis culpas un inocente.

El juez, antes de condenar al confesomatador, hizo que lo llevaran á la huerta donde decía haber enterrado á su víctima para buscar el cuerpo. Arrancaron las coles, y tras mucho registrar el terreno

—pues él decía que no podía determinar con precisión el sitio del enterramiento por haberlo hecho á oscuras—encontraron el saco lleno de restos mortales.

A su vista palideció el generoso amigo, juzgando que sería condenado á muerte al ser hallado el cuerpo del delito que sobre sí había tomado; pero ni por un momento pensó en salvar su vida acusando á aquel á quien él tenía por verdadero culpable. A punto estuvo de caer al suelo desmayado, cuando al ser abierto el saco, por mandato del juez, se presentó, ante los maravillados ojos de la anhelante concurrencia, el más orondo puerco que haya jamás rendido sus tocinos á la cuchilla del jifero.

Entonces el mancebo y su padre allí presentes explicaron lo sucedido; llegó recado de una villa vecina diciendo cómo allí se encontraba enfermo de calenturas el hombre desaparecido, y en medio de la alegría de todos, dijo el juez, muy enojado de que la Justicia hubiera sido molestada por tan risible asunto:

—No puedo comprender lo que os habéis propuesto con ello, señores míos; que si todos nosotros resultamos burlados, vosotros habéis perdido un bien cebado puerco.

—¿Y os parece mucho?—dijo el padre abrazando tiernísimamente al hombre que estaba dispuesto á dejarse matar en vez de su hijo—. Por ese vil precio hemos conocido á un amigo verdadero.



EL REY ORGULLOSO

Otra vez hablaba el Conde Lucanor con Patronio, su consejero, y éste le dijo así:

—Señor Conde, en una tierra de cuyo nombre no me acuerdo, había un rey mancebo, rico y poderoso, pero dominado de tan gran soberbia, que una vez, estando en la iglesia, al oír rezar un himno en que se dice: “El Señor humilló á los poderosos y ensalzó á los humildes” sintió gran cólera de aquellas palabras y ordenó que en todos los libros de las iglesias de su reino se borrara aquel versillo, poniendo en vez de él, que “el Señor ensalzó á los poderosos y humilló á los humildos”.

Quiso Dios castigarlo por tan desmedida soberbia, é hizo de modo, que un día de calor en que el Rey había ido á bañarse

acompañado de su corte, mientras el monarca estaba solo y desnudo en la más recogida cámara de los baños, gozando de la fresca delicia del agua, un ángel del Señor, tomando la apariencia de rostro y cuerpo del rey, presentóse en la estancia donde los camareros esperaban con los regios vestidos, hízoselos poner, salió al encuentro de los cortesanos, y en medio de ellos, sobre un dorado palanquín, fué llevado á palacio, donde un copioso banquete les esperaba. A la puerta de los baños, en un rincón, el ángel había dejado unas vestimentas sucias y rotas, como las de los pobres que piden á las puertas.

Entre tanto, el Rey verdadero cansábase de esperar en la sala del baño, muy sorprendido de que no vinieran á buscarlo sus servidores. Llamólos después á grandes voces, lleno de ira y prometiéndoles horrendos castigos, y visto que no venían, salió del baño, y, con mucha indignación y asombro, vió que faltaban camareros y vestidos. Bramando de coraje, jurando vengarse de

burla tan inaudita, el Rey quería trasladarse sin perder momento á palacio, para comenzar los castigos sangrientos, pero no se atrevía á salir desnudo de los baños ni encontraba ropa con que cubrirse. Por fin, en un rincón, á la puerta, dió con los harapos de mendigo que había dejado allí el ángel, vistióselos con mucha repugnancia, y encendido en furor, emprendió el camino de palacio.

El mediodía era tan ardiente como su cólera, y con el calor y la falta de costumbre de andar, llegó sudoroso y fatigado á una puerta escondida del palacio, por la cual quería entrar secretamente en su alcázar, para que nadie lo viera con tan vil disfraz. Las molestias del camino acrecentaron su rabia.

Llamó á la puerta con recios aldabonazos de amo, y asustado por el estrépito y mohino de ser turbado en su pacífica siesta, salió á abrir un portero. El cual, al ver que era un andrajoso pordiosero quien se había atrevido á llamar con tan imperiosa



mano, arremetió á él lleno de enojo, y con el regio bastón, insignia de su cargo porteril,

tundió muy á conciencia los lomos del monarca, mientras decía:

—¿Qué atrevimiento es ése, hombre loco y mezquino? ¿Cómo osas interrumpir el descanso del Rey que duerme ahora después de haber pasado la mañana en los baños?

El apaleado soberano juraba y perjuraba que él era el único Rey, amenazando con muy crueles muertes á quienes no lo reconocieran como tal.

—¿Con que el Rey, eh? ¿Con que el Rey? Yo te daré á ti realezas—exclamaba el airado portero, moliendo á palos las costillas reales.

Y cuando se hartó de golpearlo, cerró la puerta y lo dejó maltrecho en medio de la calle.

—Iré al palacio de la Reina mi mujer—dijo el Rey—. Ella me reconocerá y me ayudará á tomar tremenda venganza.

Muy dolorido de la paliza, se arrastró trabajosamente hasta aquel lugar—casa de campo en las afueras de la ciudad— y

con tono humilde, pidió ver á la Reina, diciendo que tenía que descubrirle un secreto muy importante. Al cabo de dos horas de dimes y diretes, fué admitido en la regia cámara, donde se divertía la Reina, con músicas y juegos, en medio de sus damas; pero apenas empezó á decir que él era el verdadero Rey y un impostor quien ocupaba el trono desde aquella mañana, cuando la Reina, sin reconocerlo, temiendo que el Rey su esposo se enojara de que hubiera recibido á quien venía con tan rara embajada, lo mandó arrojar de allí por sus servidores, lo que fué hecho en medio de muchos golpes y puñadas.

Muerto de fatiga y cubierto de heridas, fué el monarca á pedir por caridad, en el hospital, que lo curaran.

De allí á pocos días, repuesto ya de sus males, no quisieron dejarlo permanecer por más tiempo en el hospital, y lo pusieron en la calle, donde, incapaz de ganar su sustento con ningún oficio, hubo de pordiosear á las puertas para no morirse de ham-

bre. Y las gentes, que ya sabían que él decía ser el Rey, y lo veían tan miserable y harapiento, lo tenían por loco, y se mofaban de su pretendida realeza, haciendo de él gran escarnio.

Así pasó mucho y mucho tiempo, durante el cual se fueron apagando los fuegos de la cólera del monarca, y en su lugar, nacía una profunda compasión por la vida de los pobres, á quienes, como á Dios, tanto había ofendido, siendo Rey, con su orgullo inconsiderado. Y de recordar su antiguo pecado de soberbia, derretíase su corazón en angustiado arrepentimiento, tanto que más se dolía de haber ofendido al cielo y á los hombres, que de haber perdido sus grandezas.

Vió el Señor la viva sinceridad de su contrición é hizo que el ángel lo mandara buscar por la ciudad. Encontráronlo, como de costumbre, en medio de un corro de malvados mozalbetes y chiquillos, que se divertían villanamente, insultándolo y arrojándole piedras; lleváronlo á palacio, y ante



la corte, que se reía alborozada, el presun-
to loco hubo de relatar su historia á ins-

tancias del ángel. Pero cesaron las risas, cuando el ángel dijo severamente, dirigiéndose á los burlones cortesanos:

—Verdad dice vuestro Rey, que á él y no á mí habéis de obedecer. Por castigar su soberbia desmedida, ordenóme Dios que ocupara su puesto al salir del baño, dejándole á él unos harapos de mendigo, y ahora, que ya ha aprendido la humildad, lo vuelvo en nombre de Dios á su trono para que según su voluntad os gobierne.

Y entregando la corona y el cetro al loco harapiento, que lloraba á sus pies, desapareció en los aires el ángel. Largos años reinó en paz aquel monarca, rodeado del fervoroso amor de su pueblo, que con su gobierno, conoció un bienestar antes nunca gozado.

Mucho agradó al Conde Lucanor este ejemplo y rogó á Dios que le diera tanta humildad como á aquel Rey así castigado. Y don Juan Manuel, conocedor de este su-

cedido, mandólo escribir en este libro con unos versos al final que dijeran:

A los que son humildes, el Señor los ensalza;
Mas á los orgullosos hiérelos peor que maza.

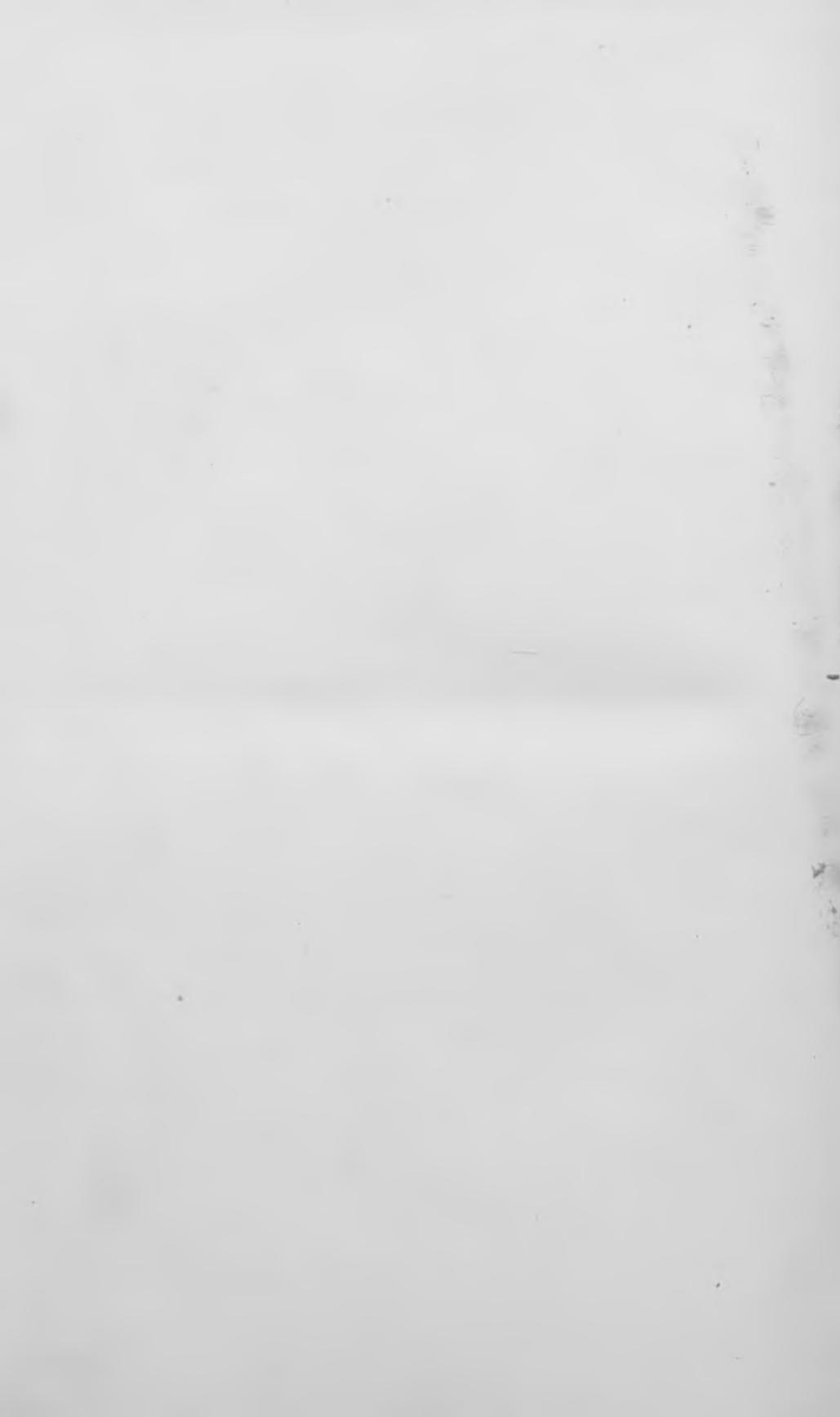
FIN



ÍNDICE

	PÁGS.
<i>Prólogo</i>	5
EL BUEN HOMBRE Y SU HIJO.....	15
EL ESCOLAR Y EL NIGROMANTE.....	21
EL PIADOSO CABALLERO.....	35
LA LECCIÓN DE LAS CORNEJAS.....	43
LOS TRES HIJOS DEL REY MORO.....	51
ALVAR FÁÑEZ Y SU ESPOSA.....	61
EL PAÑO MARAVILLOSO.....	75
EL MOZO QUE CASÓ CON MUJER BRAVA.....	87
EL COMPRADOR DE CONSEJOS.....	97
EL VASALLO DEL DIABLO.....	105
LA PRUEBA DE LA AMISTAD.....	115
EL REY ORGULLOSO.....	127





EDICIONES DE



LA LECTURA



JT 8741

MONDAY MORNING